

Jorge Grubissich ♦ Mario Méndez

# El caso de los siete gatos y otros cuentos

*Ilustraciones de Alberto Pez*



*El caso del anillo de compromiso*

*La seño nos pidió que contemos a qué se dedican nuestros padres. Es decir, de qué trabaja mamá, a qué se dedica papá. Un problema para mí, porque mientras algunos de mis amigos dijeron: “mi mamá es maestra”, “doctora”, “ama de casa”, “moza” o “mi papá es mecánico”, “dentista”, “profesor”... Yo conté que mi mamá y mi papá son detectives. Todos se quedaron en silencio, hasta que, un instante después, empezaron a reírse a carcajadas.*

*—¡Muy bueno, Iván! —me codeó Lali, que se sienta conmigo—. ¡Hasta la seño se está riendo!*

*Yo estaba callado, no voy a decir que demasiado sorprendido, porque un poco me lo esperaba. Pero no era chiste. Nunca había contado un caso de mis padres, pero muy pronto contar sus historias se convertiría en toda una tarea cotidiana, porque desde este día decidí hacer lo mismo que Watson, el ayudante de uno de los héroes de mis dos*

*padres, Sherlock Holmes. Watson escribía las historias que vivían él y su legendario amigo.*

*La seño me miró, cuando por fin dejó de reírse.*

*—Iván, dale, contanos... ¿A qué se dedican tus papis?  
Entonces tomé aire, junté coraje, y empecé esta historia.*

Tres o cuatro años antes de que yo naciera, mi mamá conoció a mi papá en lo que ellos llaman “El caso del anillo de Florinda”, que empezó el día en que un señor gordo, de rulitos pegoteados por la transpiración, golpeó la puerta de la oficina de mi mamá y no esperó nada para entrar y sentarse frente a ella, muy agitado. Cuando levantó la cabeza se encontró con mi mamá y abrió la boca grande como un cocodrilo.

—¡Perdón! —le dijo, poniéndose colorado, a la vez que se levantaba de la silla—. Seguro me equivoqué de puerta. ¿Sabe dónde encontrar al detective José Romanellas? Me dijeron que era en este edificio.

Mi mamá sonrió. Estaba acostumbrada.

—Sí y no —le respondió al gordito, y le hizo una seña para que se volviera a sentar.

El señor se la quedó mirando. Mi mamá se puso un poco más seria y le habló.

—Está usted en la oficina de Jose Romanellas, no José. Detective. Encantada.

El hombre tosió, supongo que de la sorpresa.

—El comisario Lorenzi me habló muy bien de usted, pero yo pensé...

—Que era un detective, no una, ya sé. Suele pasar. Cuénteme qué necesita.

El gordito pareció dudar, pero se quedó en su lugar, porque la mirada de mi mamá seguro que lo intimidó. ¡Yo la conozco bien, a esa mirada!

Después, el hombre contó por qué necesitaba un (o una) detective. Había comprado un anillo de compromiso, de oro, con el que pensaba pedirle a su novia que se casara con él, en una cena, ese mismo sábado. Lo había comprado dos días antes, el lunes. El martes a la noche el anillo había desaparecido de su casa. Nadie había entrado, él vivía solo y cuando llegó a su departamento todo estaba en orden, salvo que, pequeño detalle, faltaba el anillo que había dejado sobre la mesa. Todo estaba en orden pero la puerta del balcón, que daba a la calle, estaba entreabierta.

—¿En qué piso? —lo interrumpió mi mamá.

—En el cuarto.

—Humm. Bueno, voy a necesitar que me permita revisar el departamento, y que me dé una lista de sus vecinos. Es raro que alguien haya subido cuatro pisos desde la calle, sin ser visto, y que solo se haya llevado el anillo. ¿Quién tiene llave del departamento, además de usted?

El hombre meneó la cabeza.

—Solo mi novia, pero está en Bariloche, por trabajo. El sábado yo pensaba ir a buscarla al aeropuerto, luego la llevaría a cenar y ahí le ofrecería el anillo. Ella no vino, hablamos esta mañana y sigue allá, hoy me mandó una foto desde la puerta del hotel.

Mi mamá ordenó un par de papeles, le preguntó al hombre si podían ir a su casa en ese mismo momento y como él no podía, le pidió las llaves.

—Espero —le dijo, señalando a su infaltable compañero—, que no le moleste que lleve a mi ayudante, el señor Pérez.

—No, claro —respondió el hombre, y se despidieron.



Un rato después, con el señor Pérez a su lado, mi mamá llegó al pequeño edificio en el que vivía su cliente. Observó los balcones y comentó en voz baja que era casi imposible pensar en que un escalador hubiera

subido esos cuatro pisos (sin ser visto, además), solo para llevarse un anillo. El señor Pérez no dijo nada, pero pareció estar de acuerdo.

Mi mamá leyó una vez más la lista de los vecinos que le había pasado el gordito. Le llamó la atención el ocupante del 3° B, le sonaba el nombre de algún lado, ya se acordaría de dónde. Luego abrió la puerta de calle y saludó al portero, que limpiaba unos vidrios y miró con desagrado al señor Pérez. Subieron por la escalera: a Pérez no le gustaban los ascensores.

Ya en el cuarto piso, mi mamá y su ayudante observaron con detenimiento el pasillo y las puertas de los otros dos departamentos y, al fin, entraron. El señor Pérez se dirigió directamente a la puerta del balcón, que seguía entreabierta. Salió, miró para todos lados y, de pronto, con la vista clavada en el departamento B del tercer piso, ladró.

Mi madre le pidió que se tranquilizara y que la ayudara a revisar el departamento. Cuando mi mamá le presentó a Pérez, el dueño de casa les había dado el paquete de la joyería, para que los ayudara en la búsqueda. El señor Pérez lo había olfateado en la oficina y lo volvió a olfatear en el departamento, muy concentrado. Luego dio una vuelta rápida por los dos

ambientes y regresó al balcón. Desde allí, otra vez, ladró en dirección al 3° B.

Mi madre no le hizo mucho caso. Con un detector de metales y una lupa registró la casa de su cliente palmo a palmo, sin éxito. Entonces sí, llamó a su ayudante, que se acercó moviendo la cola.

—Amigo Pérez —le dijo, dándole una palmadita en la cabeza— tendremos que visitar a los vecinos.

Sin perder tiempo, se dirigieron un piso abajo. Mi mamá tocó el timbre y oyó una voz medio adormilada, que decía “ya va, ya va”. El dueño de la voz abrió sin preguntar quién era y se la quedó mirando, con cara de sueño, pero gratamente sorprendido. Mi mamá no alcanzó a presentarse: Pérez se mandó por entre las piernas del hombre y fue como un rayo hacia un sillón, donde dormía una pequeña gata, que se asustó al verlo y se paró con los pelos erizados.

—¡Señor Pérez! —gritó mi mamá, se disculpó con el hombre y entró.

El dueño de casa no pareció enojado. Alzó a la gata, le dijo “tranquila, Florinda, no pasa nada”, y se agachó junto al perrito, que movía la cola. Los animales simpatizaron enseguida. Los dueños sonrieron.



